





LA TEMPRANA SOMBRA DE CAÍN

Francisco Peña Fernández

AlmuzaraUniversidad

© Francisco Peña Fernández, 2022

© Editorial Almuzara, S.L., 2022

Primera edición: abril 2022

ALMUZARAUNIVERSIDAD

almuzarauniversidad@almuzaralibros.com

Directora: María Crespo

Diseño y maquetación: Ostraca Servicios editoriales

© Imagen de la cubierta: *Esbozos de Caín matando a Abel*, Jacobo Palma el Joven



**The Confluence of Religious
Cultures in Medieval
Historiography**



Social Sciences and Humanities
Research Council of Canada

Conseil de recherches en
sciences humaines du Canada

Canada¹³¹¹

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: Gráficas Ulzama

ISBN: 978-84-11311-62-5

Depósito Legal: CO-797-2022

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

PRIMERA PARTE

BIBLIA Y LITERATURA	11
Capítulo 1. Caín en su maldad relativa	13
1.1. Caín frente a otros antihéroes	15
<i>Génesis</i> frente a otros relatos primordiales	17
Fratricidas extranjeros	21
Caín frente a Esaú, Saúl y Absalón	22
La figura del padre	24
1.2. Cualidad y relevancia de la brevedad	26
Otras claves interpretativas	28
Caín junto a otros héroes	31
1.3. Un problema en común (con Lot y Balaán).....	33
La escasa justicia de Lot	34
Balaán cabalgando en su terquedad.....	39
Tipología de un problema en común	41
El árbol del conocimiento del bien y del mal.....	43
Una última y curiosa posibilidad más	44
Capítulo 2. Caín en su maldad indiscutible	47
2.1. Caminos divergentes desde la dualidad	51
Alteraciones poéticas a partir de los nuevos principios de autoridad	54
Pseudoepigrafía y Revelaciones	55
Dos direcciones interpretativas distintas	57
Exégesis literal y exégesis alegórica	58

2.2. Sobre la iniquidad de Caín.....	60
Caminos por separado	62
En busca de un castigo ejemplar para Caín	64
El latente politeísmo del relato apócrifo	67
Demonios bíblicos	69
Satán y Caín.....	72
Caín y Satán.....	74
2.3. Reescrituras del ciclo adámico	75
Transformación de las relaciones familiares.....	76
La vida fuera del jardín del Edén.....	78
La mal parada Eva.....	80
El justo Adán y su desconocida progenie	84

SEGUNDA PARTE

BIBLIA, MEMORIA Y PROTO-HISTORIA DE ESPAÑA	87
--	----

Capítulo 3. El recuerdo de Caín: identidad y antagonismo

3.1. El recuerdo de (un nuevo y un antiguo) Israel	90
El estudio del Pentateuco como texto histórico.....	91
El primer gran proyecto historiográfico en la Biblia	93
Recuerda, Israel	95
Lo nuevo frente a lo viejo en el Pentateuco	98
El recuerdo de Caín en el Pentateuco en contexto	100
3.2. Caín en la primera identidad cristiana	103
Caín en la formación de una identidad cristiana	105
Caín en el evangelio de <i>Mateo</i>	109
Caín y los judíos en otros textos del Nuevo Testamento.....	111
El tiempo de los gentiles.....	112
3.3. Sobre la fe católica contra los judíos	115
Caín en la obra antijudía de Isidoro de Sevilla	116
El contexto histórico del antijudaísmo de Isidoro.....	118
La razón y utilidad del antijudaísmo de Isidoro.....	120
Caín en el antijudaísmo de Isidoro.....	122

Capítulo 4. Caín y la rememoración de reyes fratricidas	127
4.1. Fratricidas y regicidas hispanos	130
Poder, memoria y cruzada	133
Caín en la frontera peninsular	135
Justicia poética y recompensa escatológica	137
Tipología de reyes fratricidas	139
4.2. Don Juan Manuel y la cainización del rey Alfonso X.....	143
Don Juan Manuel: poder y cruzada	145
Un sonoro silencio	146
Recuerdo y ficción.....	147
Tipos y antitipos.....	148
El relato de un silencio	149
4.3. La monstruosidad de Caín y la muerte del rey don Pedro	150
Continuidad y originalidad en la Crónica del rey don Pedro .	152
La monstruosidad del rey don Pedro	155
Vayamos acercándonos al final.....	158
Caín en Montiel.....	160
La temprana sombra de Caín	165
 OBRAS CITADAS	 169
 NOTAS FINALES	 175



En agradecimiento a mis *hermanos mayores*:
V́ctor Garća Tezanos, Luis Śnchez-Moliń,
Emilio Gonźlez Ferrín, Juan Antonio Mart́n-Moreno,
Fernán Gonźlez-Alemán y Damián Peña Ferńndez



PRIMERA PARTE

BIBLIA Y LITERATURA



CAPÍTULO 1. CAÍN EN SU MALDAD RELATIVA

Entiendo que en este lance de honor existió siempre algo
que nadie en el ejército pudo jamás desentrañar
-declaró el cazador de la nariz mutilada-
Empezó en el misterio, se desarrolló en el misterio
y, al parecer, ha de terminar de la misma forma.
Joseph Conrad. “El duelo. Un cuento militar”

Uno de los mayores desafíos a los que un docente se enfrenta al impartir cursos sobre Biblia hebrea es lograr en los alumnos una lectura atenta y cercana del texto. El grado de desorientación y alejamiento de la letra de mis alumnos universitarios se agudiza mucho más frente a la literatura bíblica que frente a cualquier otro tipo de texto abordado en mis cursos de literatura o historia. Al leer la Biblia, el lector moderno parece no poder evitar una casi automática o indefectible inclinación a incorporar ideas, perspectivas, incluso objetos, personajes y, sobre todo, conclusiones, que claramente no están presentes en los escritos.

Frank Kermode, uno de los más renombrados especialistas en crítica literaria acertó, a mi parecer, cuando, buscando la raíz de este problema en su conocido ensayo sobre el “uso del error”, afirmó sin sutilezas que la historia de la interpretación bíblica no era más que una sucesión de confusiones y de lecturas desviadas [Kermode 1996, 4]. Para consolar a mis alumnos, frustrados en su empeño de lectura, les aclaro que las contrariedades que ellos experimentan como lectores de estas archiconocidas historias no es algo en absoluto reciente. La imparable acumulación de interpretaciones desviadas de las Sagradas Escrituras se remonta a muchos siglos atrás.

Es mucho más fácil que un lector experimente la ya mencionada tendencia a la desviación de la letra en un libro como *Génesis* que en ningún otro escrito del Pentateuco; de todos los capítulos de este espléndido texto, los más susceptibles a extraviarse son, con diferencia,

los primeros. Este tipo de razones hacen del hijo primogénito de Adán un singular y paradigmático ejemplo del atrayente desafío de una lectura atenta y literal de las Escrituras.

Tradicionalmente, recordamos a Caín como aquel joven iracundo que fríamente y a traición asesina a su hermano, movido por un poderoso sentimiento de envidia. Ni las más subversivas o indulgentes propuestas de novelistas contemporáneos como Lars Gyllensten o José Saramago parecen haber logrado disuadirnos de esta imagen respaldada sin reservas por una tradición de siglos. Nuestra memoria sobre Caín siempre se muestra como parcial y selectiva; se nos suelen olvidar momentos como aquel en el que su madre anuncia con manifiesta alegría y orgullo haberlo concebido (Gen. 4, 1) o la afirmación en *Génesis* que lo distingue como el fundador de la primera de las ciudades, Henoc (Gen. 4, 17). Para todos nosotros Caín es, más que nada, el perpetrador cobarde y sangriento de un crimen execrable. La iniquidad de su figura está inherentemente trabada a referentes que a lo largo de los siglos han sido traducidos como sinónimos de perfidia. Realmente no hace falta haber oído hablar del asesino de Abel en catequesis o en homilias dominicales para figurarlo nítidamente. Un sinfín de esculturas, murales y pinturas con las que nos topamos en iglesias y museos nos han facilitado un perfil del fratricida muy bien delimitado. Es por ello que lo imaginamos como un joven con una complexión robusta —que enfatiza su brutalidad y natural agresividad— y, muy probablemente, con la piel oscura; la mayor parte de las veces recrearemos a alguien con cabello moreno y, en ocasiones rojizo, pero nunca rubio. Al haberse subrayado tantas veces la diferencia de edad entre él y el más joven de sus hermanos, es posible que lo evoquemos bastante más mayor que a Abel. Sería interesante averiguar el poder que tienen todavía el gran número de referentes que lo han vinculado con el mundo semítico —mayoritariamente judío, pero también musulmán— esbozándolo solapadamente con una fisionomía y vestimentas determinadas. A pesar de que todos estos atributos siguen teniendo un enorme poder de referencia, ninguno de estos *recuerdos* sobre la maldad de Caín procede de afirmaciones expresadas en los primeros capítulos de *Génesis* o en cualquier otro escrito de la Biblia hebrea.

Si bien es cierto que en las páginas que componen este libro vamos a procurar entender mejor al personaje de Caín en la Biblia y fuera de ella, uno de nuestros principales objetivos es el de invitar al lector de este ensayo a internarnos en el seductor desafío que representa leer la Biblia y apreciar su enorme influencia. En los dos capítulos que consti-

tuyen la primera parte del libro, el asesino de Abel nos aleccionará en la apreciación literaria de la narrativa bíblica. Una vez familiarizados con todos los rostros del fratricida atenderemos, en la segunda parte del ensayo, al destacado interés puesto en aludir a este personaje de un modo transversal en relatos predominantemente historiográficos. Por ello nos detendremos en el protagonismo que también tiene la Biblia en la evaluación de nuestro pasado, así como, consecuentemente, en la lectura de nuestro presente.

1.1. CAÍN FRENTE A OTROS ANTIHÉROES

En aras de lograr en mis estudiantes una comprensión atenta de cualquier episodio bíblico, mi estrategia más efectiva consiste en comenzar por un punto concreto de la historia que, por su falta de claridad, ayuda a zarandear nuestras preconcepciones. Cuando cubrimos en clase el Ciclo Adámico (Gen. 2-4), el episodio del que suelo echar mano es bastante cainita. Se trata de un pasaje muy breve pero bastante desafiante porque nos habla del momento en el que nuestro protagonista tiene la excepcional prerrogativa de dialogar y negociar con la autoridad suprema del relato sobre cuál debe ser el castigo que merece su falta (Gen. 4, 9-15). Interrogado por la reciente desaparición de su único hermano, Caín contesta de una forma bastante torpe; parece querer negar o esconder su crimen. Inmediatamente después, al darse cuenta de la falta de éxito de su respuesta y al ver que ya se ha dictado sentencia contra él, opta por poner en marcha una especie de negociación o regateo para ver si así alcanza una resolución algo más favorable:

Y dijo Caín al Señor: “Mi castigo es demasiado pesado para poder cargar con él. Ahora que me has alejado de la tierra y que tengo que esconderme de tu presencia, me convertiré en un vagabundo y aquel que me encontrara podría darme muerte”.

Y le contestó el Señor: “Yo te aseguro que aquel que mate a Caín sufrirá un castigo multiplicado por siete”.

Y el Señor le puso una marca a Caín de forma que aquel que lo encontrara no le pudiera agredir.

Génesis 4, 13¹

Lo que más debería sorprendernos de este episodio no es la osadía expresada en el lamento de Caín, sino la facilidad con la que el fiscal y juez de la historia está dispuesto a conformarse con la primera de las

ofertas del homicida —opción bastante errónea en toda negociación—. El primogénito de Adán acepta sin reservas el castigo del exilio como pago para expiar su crimen, pero demanda ser protegido; el Dios del Edén ratifica, sin vacilar, esta cláusula y la respalda con el firme compromiso de sancionar con una pena siete veces mayor a todo aquel que ose —no se sabe quién— levantar su mano contra el primero de los homicidas. En este curioso veredicto, la deidad accede a la propuesta del acusado y la refuerza en beneficio del confeso homicida. Considerando que, capítulos más adelante, y en su condición de árbitro del comportamiento de los hombres, este mismo juez sentenciará a muerte a Onán por un delito mucho más nimio (Gen. 38, 8-10)—entiende este lector atento—, aniquilará ciudades extranjeras sin pestañear por ofensas que no se detallan (Gen. 19, 23-25) y estará dispuesto a enviar serpientes venenosas a su pueblo cuando éste dude de su lealtad (Núm. 21, 6), podríamos formularnos las siguientes preguntas: ¿estamos siendo testigos de un trato de favor a Caín?; si esto es así, ¿con qué gravedad se está evaluando este delito? ¿qué justificación tiene el primogénito de Adán?; ¿debemos darle también nosotros, como lectores, una segunda oportunidad? Esta breve conversación que recoge la Biblia y la sentencia evidentemente laxa que dicta la divinidad abren muchas preguntas.

Una lectura atenta de un episodio como éste, tan sucinto como contundente, traquetea, por lo normal, nuestras expectativas y presunciones y nos prepara convenientemente para una segunda exploración, esta vez mucho más concienzuda, del resto del bloque narrativo dedicado al asesinato de Abel. Una vez nos ponemos a ello, constatamos que no todo es tan sencillo como imaginábamos y advertimos mucho mejor que el evidente laconismo del relato sobre los primeros protagonistas de la Historia Sagrada convive con un número muy considerable de interrogantes de los que antes no nos habíamos percatado. Nuestra relectura es ahora capaz de localizar cuantiosas contradicciones y recurrentes huecos informativos. Cuáles son las razones que inducen al miedo del fratricida de poder caer víctima de salteadores en una tierra deshabitada; quién es la misteriosa esposa de Caín, a la que repentinamente se alude y de la que no sabemos ni su origen, ni su historia; por qué se le castiga a marchar a la tierra de Nod —*Vagatierra*, como la traduce al castellano Alonso Schökel— e inmediatamente después lo vemos reaparecer ostentando el título de patriarca de los constructores de ciudades; dónde van todos los avances tecnológicos que rigurosamente se citan una vez que el mundo ha sido destruido por el diluvio; por qué se afirma ahora que Jabal fue el primer pastor, qué pasó entonces con Abel.